

Desigualdad en jóvenes del Uruguay (2008-2013): análisis de la intensidad, calendario y secuencia de eventos de transición

Verónica Filardo

RESUMEN

En el presente estudio, se utilizan técnicas de historia de eventos para analizar la intensidad, calendario y secuencia de cuatro eventos considerados de tránsito a la adultez en dos cohortes de nacidos en el Uruguay (1979-1983 y 1984-1988).

Se estudian las desigualdades entre los jóvenes urbanos enfocando en las diferencias en la edad en la que ocurren los eventos dentro de cada una de las cohortes en función del nivel educativo, la región de residencia y el sexo, así como en las variaciones que se registran entre ambas cohortes.

Los datos provienen de las Encuestas Nacionales de Adolescencia y Juventud (ENA) de 2008 y 2013.

PALABRAS CLAVE

JÓVENES. URUGUAY. TRANSICIONES. DESIGUALDAD.

Verónica Filardo es Doctora en Sociología (Universidad de Granada). Se desempeña como Profesora Titular del Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales-Universidad de la República (UDELAR) de Uruguay, y como coordinadora del Grupo de Estudios Urbanos y Generacionales (GEUC). Integra el Sistema Nacional de Investigadores (SNII-ANII).

ABSTRACT

Event history techniques are used to analyze the intensity, timing of occurrence and sequence of four events considered as important in the transition into adulthood in two birth cohorts (1979-1983 y 1984-1988).

We study the inequalities between the uruguayan urban youth focusig in the ages differences in which the events occur amongst every cohort, according to the educational level, residency region and gender, and the differences that are registered between both cohorts.

Material data come from the National Survey of Adolescence and Youth of 2008 and 2013.

KEY WORDS

YOUNG PEOPLE. URUGUAY. TRANSITIONS INTO ADULTHOOD. INEQUALITIES.

LOS EVENTOS DE TRANSICIÓN

Los eventos que se estudian aquí, paradigmáticos en los estudios de transición a la adultez, son: primer empleo; salida del sistema educativo (considerando hasta ciclo medio completo); salida del hogar de origen; y tener el primer hijo. Debe considerarse que los jóvenes contemporáneos, a diferencia de quienes fueron jóvenes hace algunas décadas, no tienen puntos de llegada normados. En el orden de las decisiones y futuros posibles (y probables), existe una variada gama de opciones, difícilmente aceptadas en otros momentos históricos. Esto significa que, en la actualidad, la decisión sobre tener hijos puede (y cada vez ocurre con mayor frecuencia) postergarse en el tiempo,¹ incluso, puede decidirse no tenerlos, lo que era menos probable en el repertorio conductual de épocas pasadas.

Otra de las características que se da más frecuentemente en las sociedades contemporáneas es la reversibilidad de los estados: es posible abandonar el sistema educativo y retomar a los estudios en momentos posteriores, tanto como pasar por diversos estados en relación con la condición de actividad y desocupación (entrar y salir del mercado de trabajo, estar ocupado o desocupado), o en relación con el hogar en que se viva (ir a vivir solo o con pareja y regresar al hogar de origen en caso de separación), o respecto de la situación conyugal (convivir o no en pareja). El menos reversible de todos los estados es el desempeño del rol de madre/padre. En este caso, una vez que ocurre el evento (tener el primer hijo), ello determina el desempeño del rol de madre/padre para el resto de la vida. Pero, aun en esto, puede percibirse una diferencia de género relevante en las implicaciones que tiene en cuanto al impacto del desempeño del rol en el resto de las dimensiones vitales de los individuos.

En los estudios de transición a la adultez se consideran los “eventos” y no los “estados”. Vale detenerse en esta distinción. Por “evento” se entiende un *hito* en la vida de un individuo; es el momento en que se ingresa al desempeño de un rol social considerado propio de la adultez. Se toma siempre la “primera vez” y, por tanto, se manifiesta como una marca que se registra a una edad determinada. En cambio, por “estado” se

1 No es menor, en este ejemplo, el hecho de que las técnicas de reproducción asistida posibiliten la postergación de edad de ingreso a la maternidad/paternidad. Estas técnicas no estaban disponibles para generaciones anteriores. Por otra parte, es probable que aumente el acceso y el uso de las mismas, para las generaciones futuras, particularmente a partir de la Ley 19.167 sancionada por el Parlamento Nacional en noviembre de 2013.

considera la situación en la que se encuentra un individuo al momento del relevamiento. Entonces, por ejemplo, la edad de ocurrencia del *evento* que corresponde a la transición al trabajo es a la que un individuo empieza a trabajar (ocupa un empleo estable, con una duración mayor a tres meses); y el *estado* es si el individuo se encuentra ocupado o no al momento de ser encuestado. Eso significa que el individuo puede estar en diversos estados en diferentes momentos, pero el evento (primer empleo) ocurre solo una vez en la vida. La edad en que se registra es relevante tanto para el individuo como en términos agregados. Los *calendarios* de los eventos de transición a la adultez enfocan en las edades de ocurrencia de dichos eventos para diferentes grupos sociales e indican pautas de comportamiento, actitudinales, proyectos de vida y *temporalidades* diferentes; eventualmente, manifiestan (o son expresión de) desigualdades (Planel y Napilotti, 2012; Planel, 2012).

1) *Salida del sistema educativo*. En el año 2008, el Parlamento Nacional aprueba la Ley General de Educación (N° 18.437) que consagra 14 años de educación formal obligatoria. La universalización de la aprobación de la Educación Media se convierte así en uno de los objetivos más relevantes en la agenda social y política del Uruguay. En consecuencia, se pretende que todos los adolescentes y jóvenes del país desempeñen el rol de estudiante hasta los 18 años como mínimo, que es la edad teórica para la aprobación de la Educación Media. La desafiliación del sistema educativo antes de esta edad supone una desviación a la correspondencia normativa entre edad cronológica y rol público. Describir la edad de desvinculación del sistema educativo revela, en primer lugar, la distancia que, para diferentes cohortes, se registra respecto del objetivo que se plantea el Uruguay al aprobar la Ley: universalizar la Educación Media como mínima escolarización. Asimismo, permite el acercamiento y estimación de las trayectorias probables frente a los resultados educativos obtenidos en cada cohorte y las desigualdades que se producen dentro de cada una de ellas. Desde lo operativo, se define la desvinculación del sistema educativo hasta la finalización de la educación media, lo que significa que el evento puede producirse tanto por haber aprobado como por haber desertado sin aprobar este nivel. En caso de que se continúe asistiendo a centros educativos, el evento no se produce.

II) *Primer empleo*. El desempeño del rol de trabajador/a en el mercado laboral (lo que equivale a decir en forma remunerada) tiene, normativa y sociológicamente, una significación relevante. En primer lugar, el trabajo

connota paradigmáticamente la integración social a partir de la pertenencia a instituciones, obtener ingresos legítimamente, formar parte de relaciones sociales normadas. En alguna medida, se vincula a conformación de identidad, participación en organizaciones, vínculos de cooperación y conflicto, así como, en la mayoría de los casos, supone traslados urbanos, y, en ese sentido, circulación, uso de la ciudad y espacios públicos, es decir, participación en otro mecanismo de interacción e integración social. El trabajo remunerado representa el mundo adulto y, aun en espacios de predominio laboral juvenil, supone relaciones intergeneracionales e intercambio de saberes.

Para la sociología de las transiciones a la adultez, el primer empleo estable es un evento clave. No en vano, la trayectoria laboral se describe como una “carrera”. Es así que el punto de partida no es inocuo para el recorrido posterior, y, por eso, las cuestiones sobre el ingreso al mercado laboral (cuándo, cómo, dónde y por qué) son preguntas frecuentemente realizadas desde los análisis sociológicos, que pretenden identificar desigualdades, brechas y condiciones diferenciales que serán factores que expliquen los recorridos y los puntos de llegada. La ocupación que se ejerza es un vector analítico de “enclasmamiento” del sujeto (pertenencia a una clase social²) o de posición en la estructura. En este sentido, resultan de interés estudios de movilidad ocupacional, de relación entre educación-trabajo, etc. Ahora bien, el *cuándo* comience la carrera laboral, tanto como sus intermitencias, sus reversibilidades (volver al estado de inactividad o desempleo), los ascensos o descensos en el rango de las ocupaciones que se desempeñen o de ingreso percibido, el tipo de organización en que se inserte el individuo, el tipo de contrato y seguridad social con que cuente, los requisitos y los mecanismos de acceso, son otros vectores de análisis de las carreras laborales.

El evento de transición es el primer empleo de una duración mayor a tres meses, que es el indicador que internacionalmente se utiliza para el ingreso al mercado de trabajo.

III) *Salida del hogar de origen*. Es habitual que los términos autonomía, emancipación e independencia de los jóvenes –asociados a su transición a la adultez– aparezcan usados de modo alternativo y sin distinción entre ellos. En estudios anteriores (Filgueira, 1998; Rama y Filgueira, 1990;

2 Este aspecto permite, sin duda, un abanico amplio sobre la definición de las “clases sociales”.

Filardo, 2010 y 2012), se hace especial énfasis en la definición conceptual y operativa de cada uno de ellos, en la medida en que la salida del hogar de origen (autonomía), la conformación de un núcleo familiar propio (emancipación) y la jefatura del hogar (independencia) son tres “estados” que no se dan necesariamente de forma simultánea –de hecho, aparecen cada vez más disociados en las cohortes más jóvenes– y conducen, consecuentemente, a trayectorias vitales diversas. Distinguir entre estos tres procesos no solo supone un avance teórico-conceptual en los recorridos y la secuencia de los hitos sociodemográficos que caracterizan a la juventud como *ciclo de vida*, sino que tiene utilidad práctica para detectar dónde se producen diferencias inter-cohortes, desigualdades en los *cursos de vida* y delinear sectores poblacionales específicos que acusan dificultades en el tránsito hacia la adultez y que requieren de apoyos y de programas públicos que los promuevan focalizadamente (Filardo, 2010).

Para ilustrar la necesidad de distinguir estos eventos, puede mencionarse la migración interna, que involucra a un porcentaje relevante de jóvenes del Uruguay residentes en el interior que, al inicio de los estudios terciarios –producto de una fuerte e histórica centralización de la Universidad de la República y una concentración de la oferta de formación terciaria en la capital del país–, se trasladan a Montevideo. El cambio de residencia y movilidad geográfica de estos jóvenes, por lo general, supone autonomía (salen del hogar de origen) pero no emancipación (no necesariamente se asocia a la conformación de un núcleo familiar, convivencia con pareja y/o hijos) o independencia económica –que se traduce en jefatura de hogar como *proxy*.

La autonomía, entonces, constituye uno de los procesos del desprendimiento de los lazos de dependencia familiar, que alude particularmente a la no-convivencia con los padres. Casal *et al* (2006:18) denominan a esta dimensión “neolocalismo”, en el entendido de que la constitución de un domicilio propio llega a adquirir un *status* central en la transición hacia la adultez.

Los procesos de autonomía son objeto de estudio y conforman una de las dimensiones para la construcción de regímenes de transición a la vida adulta. Tal es así que los Estados Unidos constituyen el paradigma de una autonomía juvenil temprana, que no supone emancipación, como un casi “normado”: al entrar en las universidades, los jóvenes se van de la casa de los padres y eventualmente migran de ciudad/estado. Los países

mediterráneos (España, Portugal, Italia) se constituyen en el ejemplo de regímenes de transición que “prolongan la juventud” en la medida en que la autonomía se da tardíamente (en torno a los 30 años) y que, hasta ese momento, los jóvenes conviven con sus padres, siendo la familia de origen el principal amortiguador frente a los desafíos y dificultades que trae aparejados el neolocalismo (disminución de recursos económicos, requerimiento de tiempo de trabajo remunerado para sostener el hogar, disminución de recursos de tiempo y dinero para actividades lúdicas y recreativas que caracterizarían el ciclo vital juvenil, o para continuar estudiando). En consecuencia, el Estado no es ajeno a estos procesos, y puede desarrollar acciones más proactivas hacia la generación de condiciones de posibilidad que faciliten la autonomía de los jóvenes, o por el contrario, asumir un comportamiento menos protagónico dejando que sean las familias de los propios jóvenes las encargadas de brindar esas condiciones de posibilidad, que muchas veces se traducen en prolongados períodos de convivencia de los jóvenes con su familia de origen, aun habiendo constituido sus núcleos familiares. La solidez de estos modelos tiene arraigos culturales y hace a la idiosincrasia de las naciones, y a lo que se considere “normal” y “deseable”. No obstante, cambios de coyuntura pueden modificar los patrones históricos (las crisis económicas pueden impactar en que algunos sectores de jóvenes se vean compelidos a “demostrar” su autonomía, o, por el contrario, conducir a una “expulsión” de los hogares de origen como consecuencia de la disminución de los ingresos, por lo que los jóvenes la “adelantan”). Desde una perspectiva que contenga el largo plazo, las sociedades contemporáneas se distinguen por sus pautas de comportamiento respecto de los procesos de autonomía, emancipación e independencia de sus jóvenes.

Los regímenes de transición que enmarcan los procesos de los jóvenes suponen, asimismo, patrones culturales sobre los roles de género y, eventualmente, proveen de condiciones que operan de forma diferenciada para varones y mujeres. ¿Cuáles son las estrategias que elaboran los jóvenes para hacer compatibles el ámbito familiar y laboral? ¿Son estas comunes a ambos géneros? El debate que se viene produciendo en teoría social sobre el tema adquiere nuevas dimensiones y ha incrementado la producción académica en los últimos años (Moreno, 2010; Leccardi, 2002a y 2002b; Leccardi y Rampazi, 1993).

vi) *Tener el primer hijo* indica el inicio de la vida reproductiva y, por lo tanto, del desempeño del rol de madre o padre a partir del momento del

nacimiento del niño/a. Es considerado uno de los roles adultos por excelencia.

La reproducción biológica ejerce enorme influencia en la vida de un individuo. Supone responsabilidad (tutela) en el desarrollo del niño/a así como el ejercicio de actividades de cuidado implícitas en la crianza. El ejercicio del rol requiere tiempo y habilidades. La reproducción biológica es también reproducción social, dado que tiene efectos demográficos y, a su vez, en las condiciones de vida de los padres y también de los niños, ya que los atributos del hogar de origen ejercen influencia en las trayectorias que se recorren (educativas, laborales, ciudadanas).

En este sentido, el “primer hijo” es un evento trascendente desde la perspectiva de la transición a la adultez (Casal, 1996; Casal *et al.*, 2006), y, sin duda, es paradigmático para interpretar, asimismo, proyectos de vida de los adolescentes y jóvenes. Esto es así porque, de todos los eventos que se analizarán (salida del sistema educativo, ingreso al primer empleo estable y salida del hogar de origen), este es –particularmente para las mujeres– el más “inelástico”: la reversibilidad del estado “ser madre” (la entrada y salida o suspensión de este rol) es excepcional una vez que nace el primer hijo. En la actualidad, la reversibilidad de los estados es frecuente: se puede entrar y salir del mercado de trabajo, se producen alternancias en la convivencia en pareja y puede volverse al sistema educativo aun con varios años de permanencia fuera de él.³ También se puede volver al hogar de origen luego de experiencias de autonomía e incluso de largos períodos en ese “estado”. Sin embargo, con independencia de cómo se desempeñe el rol de madre o padre, una vez que nace un hijo y está vivo, el “estado” (ser padre madre) permanece a lo largo del tiempo.

El inicio de la vida reproductiva tiene, asimismo, implicaciones en el ejercicio de los derechos de los adolescentes y jóvenes y, como consecuencia, en las políticas públicas (en términos de salud sexual y reproductiva, el derecho a decidir cuándo y cuántos hijos tener). Sin duda, al abordar los diferentes comportamientos reproductivos de los/as jóvenes, aparecen diversos puntos a considerar: en particular, que el ejercicio del derecho a decidir tener hijos muestra influencias culturales que han sido estudiadas y demostradas sistemáticamente y que remiten a uno de los clivajes

3 Es por eso que, en el análisis de las transiciones, se considera la ocurrencia por primera vez del evento: “el primer hijo”, “el primer empleo estable”, etcétera.

de desigualdad socioeconómica más relevantes entre los adolescentes y jóvenes de la misma cohorte de nacidos (Filardo, 2010 y 2012). Así como había sido trabajado en extenso para el Uruguay con los datos de la ENAJ 2008, en el año 2013, vuelve a mostrarse la fragmentación intra-cohorte que este evento manifiesta en función del sexo, el nivel educativo alcanzado y el efecto combinado de los dos.

ELECCIÓN DE LAS COHORTES A ESTUDIAR

La comparación entre los dos relevamientos ENAJ 2008 y 2013,⁴ al tomar individuos que pertenecen a la misma cohorte de nacidos pero a diferentes edades, solo permite distinguir los efectos producto de la edad (en los calendarios de ocurrencia del evento) pero no de la cohorte.⁵

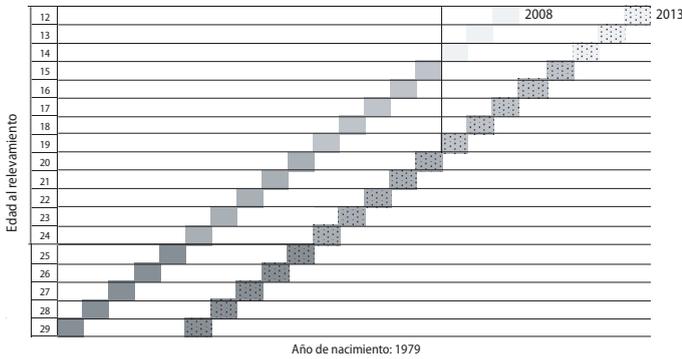
El Gráfico 1 muestra las cohortes de nacimiento y las edades al relevamiento de los jóvenes en las dos Encuestas Nacionales de Adolescencia y Juventud de 2008 y 2013 (ENAJ), y ayuda a explicar la elección de las cohortes (1979-1983 y 1984-1988). Se visualiza que los que tienen entre 25 y 29 años en la ENAJ 2008, nacidos entre 1979 y 1983, solo fueron encuestados en esa oportunidad. En cambio, aquellos que tenían entre 20 y 24 años en 2008, tienen entre 25 y 29 años en 2013, por lo que, a los efectos de la comparación de los calendarios de un evento, corresponde a individuos que pertenecen a la misma cohorte de nacidos. Por esta razón, solo se comparan los calendarios entre los que tienen entre 25 y 29 años en ambas encuestas, dado que, de lo contrario, no se puede extraer conclusiones sobre las diferencias que se producen entre cohortes.

Debe tenerse en cuenta que el análisis es sobre los eventos, es decir, la ocurrencia por primera vez de un hecho que representa un cambio de estado (desempeño de un rol). Por ejemplo, la “edad al primer hijo” es independiente de la edad al momento del relevamiento. Si un individuo tiene el primer hijo a los 17 años, la respuesta queda fija si se le pregunta a los 20 o a los 40 años. Siempre será “17 años”. En términos agregados, la

4 La población definida en las ENAJ son adolescentes y jóvenes de entre 12 y 29 años que residen en hogares particulares y en centros poblados de más de 5.000 habitantes. En tal sentido, quedan excluidos de la posibilidad de ser estudiados los jóvenes que residan en hogares colectivos (residencias estudiantiles, pensiones, etc.) o que, al momento del relevamiento, se encuentren internados en instituciones (cárceles, hospitales).

5 Por ejemplo, los jóvenes nacidos entre 1989 y 1993 tenían entre 15 y 19 años y entre 20 y 24 años en 2013; esto significa que ambas encuestas toman la misma cohorte de nacidos a diferentes edades.

Gráfico 1. Cohortes de ENAJ 2008 y 2013: año de nacimiento y edad al relevamiento



Fuente: Elaboración propia.

proporción de jóvenes nacidos en 1980 que tuvieron el primer hijo a los 17 años será la misma para toda edad superior a 17 años en que se realice la medición. La ocurrencia de los eventos puede asociarse a efectos de edad, de cohorte o de período. En este caso, se pretende relevar los efectos que produce la pertenencia a una cohorte respecto de otra (por eso, deben ser diferentes), dejando fija la edad al relevamiento de los jóvenes. En la medida en que un sector de jóvenes relevados en la ENAJ 2008 y en la ENAJ 2013 pertenecen a las mismas cohortes de nacidos⁶ –aunque varíen sus edades en cada uno de los relevamientos–, el análisis en términos agregados no podría distinguir el efecto cohorte. Por este motivo, solo se consideran los que tienen entre 25 y 29 años en ambas encuestas (2008 y 2013) que pertenecen a cohortes de nacidos diferentes.

Respecto de las variables que se consideran factores de desigualdad, o sea que determinan diferencias en las transiciones a la vida adulta de forma sistemática, se han considerado tres: el máximo nivel educativo alcanzado, el sexo y el lugar de residencia. El nivel educativo alcanzado fue codificado en tres categorías: hasta primaria, educación media y terciaria. El criterio para la demarcación de las categorías es la aprobación de

6 Las encuestas relevan a diferentes edades al momento de la aplicación a individuos de las cohortes de nacidos entre 1984-1988, 1989-1993 y 1994-1998.

al menos un año en el nivel que se alcanza.⁷ La región de residencia tiene dos categorías “Montevideo” y “Resto del país”, tal como se establece en ambos relevamientos (2008 y 2013). Refiere al lugar en que se ubica el hogar en que vive el o la joven al momento de la encuesta. Esto se debe tener en cuenta dado el porcentaje de jóvenes con nivel educativo terciario que migran a la capital para continuar sus estudios luego de transcurridos sus primeros 18 años en el interior del país, donde eventualmente ocurrieron algunos de los eventos estudiados.

DESIGUALDADES

Lo que sigue es una descripción de las invariancias y los cambios que se registran en las dos cohortes estudiadas en cuanto a la intensidad, calendarios de ocurrencia y secuencia de los cuatro eventos de transición señalados. Como se estableció antes, la comparación toma a los nacidos entre 1979 y 1983, que en el año 2008 tenían entre 25 y 29 años, y a aquellos nacidos entre 1984 y 1988, que tienen entre 25 y 29 años en la ENAJ 2013. De esta forma, es posible visualizar las modificaciones en las transiciones que se dan en dos cohortes diferentes, dejando fija la edad. A pesar de que son cohortes consecutivas, se aprecian algunas tendencias de cambio, tanto como algunas invarianzas que acusan desigualdades con mayor resistencia a la modificación en el corto plazo.

ANÁLISIS DE DATOS

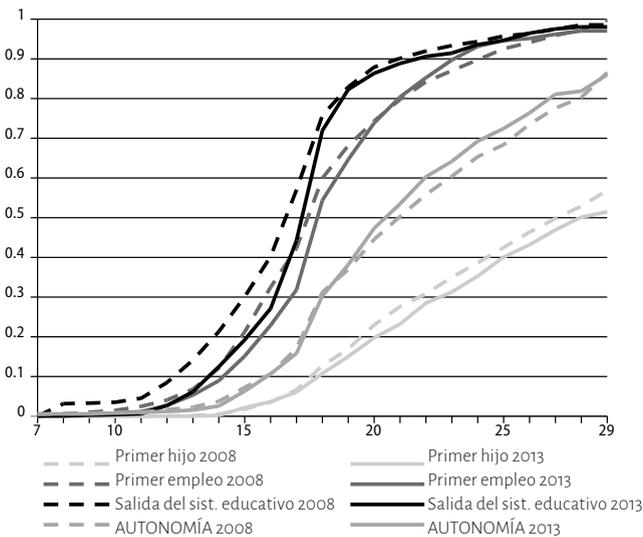
La representación de los porcentajes acumulados por edad de los jóvenes que experimentan cada uno de los eventos en las dos cohortes permite en términos agregados determinar la secuencia de los mismos.

El orden en que ocurren los eventos no varía al compararse las dos cohortes de nacidos que tienen 25 a 29 años en 2008 y en 2013. El evento que se registra más temprano es la salida del sistema educativo, luego la inserción en el mundo del trabajo, *a posteriori* la autonomía y más adelante en el tiempo el primer hijo.

7 Así, los que son clasificados en “educación terciaria”, deben haber aprobado un año en dicho nivel. Los que alcanzan “educación media” deben tener aprobado el primer año de Ciclo básico; caso contrario, se asignan en el nivel educativo “hasta primaria”. La autora agradece a Mariana Cabrera su contribución para la construcción de esta variable en el año 2013, que permite la comparación con la ENAJ 2008.

Sin embargo, en el Gráfico 2, se puede apreciar que para la cohorte (1984-1988) que corresponde a 2013, el sistema educativo manifiesta una retención mayor (se desvinculan a edades mayores) que en la cohorte (1979-1983) medida en 2008. A su vez ingresan al mercado laboral más adelante, lo que sugiere la vinculación entre las trayectorias educativas y las laborales. Asimismo, la autonomía marca una diferencia entre las dos cohortes analizadas a partir de los 18 años –ocurre con mayor intensidad en 2013–, mientras que se visualiza una postergación de la edad del primer hijo que se evidencia a partir de los 18 años.

Gráfico 2. Edad de ocurrencia de los eventos. Jóvenes de 25 a 29 años. Años 2008 y 2013 (en porcentajes acumulados)

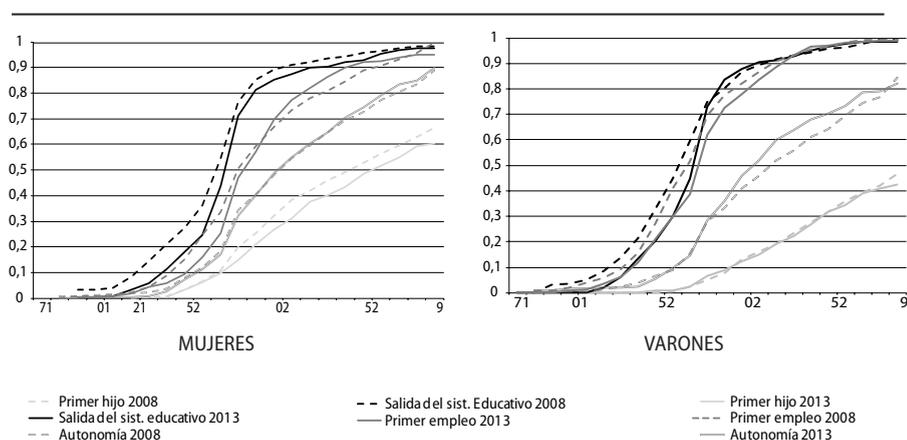


Fuente: ENAJ 2008 y ENAJ 2013.

Al considerar el sexo, tal como muestra el Gráfico 3, se aprecia que: 1) La distancias entre la edad de salida del sistema educativo y de entrada al mercado laboral es mucho menor en varones que en mujeres en las dos cohortes; 2) el ingreso al mercado laboral en las mujeres de la cohorte 1984-88 (2013) es levemente más temprano hasta los 18 años y más tardío a partir de esta edad, si se compara con la cohorte 1979-83 (2008). En cambio, en los varones de la cohorte 1984-88, se aprecia una incorporación laboral más tardía hasta los 23 años (el 93% ha tenido un empleo estable), y, a partir de esa edad, no hay diferencias sustantivas con la cohorte 1979-83. Sin embargo, se mantienen en 2013 las diferencias entre varones y

mujeres (ellas obtienen el primer empleo estable más tarde que los varones), aunque se observa una postergación de la edad de ingreso al mercado laboral en los dos sexos en 2013 respecto de 2008. La intensidad del primer empleo estable, tal como ocurría en 2008, es plena en 2013 a los 29 años para los varones y alcanza al 95% en las mujeres, lo que alerta respecto de la permanencia de condiciones diferenciales por sexo para el ingreso al mercado de trabajo; 3) el proceso de aceleración de la edad de autonomía (que se da a partir de los 18 años) en 2013 respecto de 2008 es mayor en los varones que en las mujeres; 4) la postergación de la edad al primer hijo, entre 2008 y 2013 se da en mujeres; los varones no presentan variaciones; 5) las brechas por sexo en todos los eventos tienden a disminuir entre 2008 y 2013.

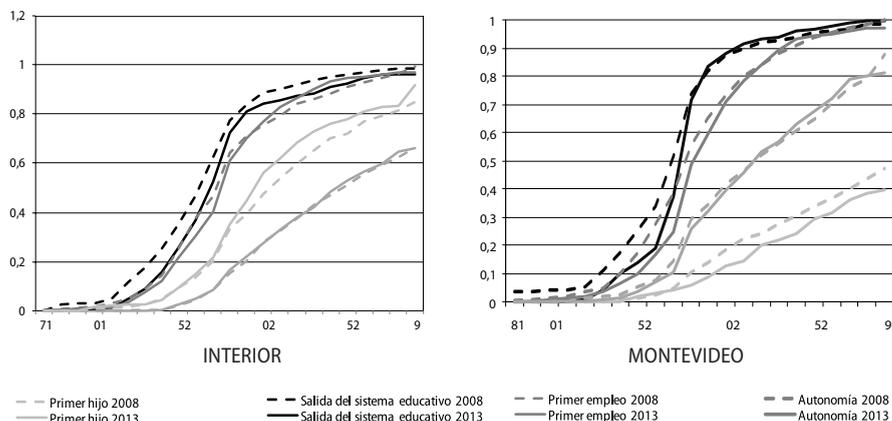
Gráfico 3. Edad de ocurrencia de los eventos según sexo. Jóvenes de 25 a 29 años. Años 2008 y 2013 (en porcentajes acumulados)



Fuente: ENAJ 2008 y ENAJ 2013.

Como se observa en el Gráfico 4, las transiciones en casi todos los eventos ocurren antes en el interior que en la capital. Esto se manifiesta en que las curvas de los eventos están más cercanas entre sí que las que se dan en Montevideo. A los 25 años, en el interior, más del 50% de los jóvenes había experimentado los cuatro eventos de transición a la vida adulta considerados en el estudio, mientras que esta proporción ni siquiera se alcanza a los 29 años en Montevideo (donde, a esa edad, menos del 40% de los jóvenes ha tenido el primer hijo). Respecto de la autonomía, Montevideo, a los 18 años, no obstante registrar un salto muy relevante –dada la migración interna producto de la causal “continuar con los estudios”–, no alcanza a igualar la

Gráfico 4. Edad de ocurrencia de los eventos según región de residencia. Jóvenes de 25 a 29 años. Años 2008 y 2013 (en porcentajes acumulados)



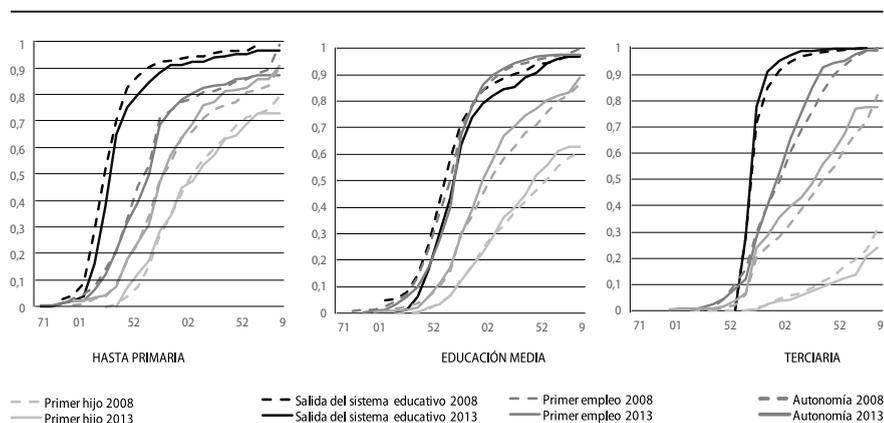
Fuente: ENAJ 2008 y ENAJ 2013.

curva del interior. Esto muestra que la postergación de la salida del hogar de origen en la capital es muy superior que en el resto del país, probablemente asociada a la permanencia en la actividad de estudiante de los jóvenes universitarios concentrados en Montevideo. La región de residencia de los jóvenes se mantiene como un factor que diferencia los comportamientos reproductivos en términos de edad al primer hijo. Los jóvenes que residen en Montevideo tienen su primer hijo más tarde que en el resto del país; y si se compara con 2008, aún más tarde. Esto es porque, si bien los calendarios para la entrada a la maternidad/paternidad en el interior no varían entre estos años, si lo hacen –retrasándola– en la capital.

En ambas cohortes, los jóvenes que residen en el interior ingresan al mercado laboral más tempranamente que aquellos que residen en Montevideo,⁸ y la distancia entre las regiones crece. A los 15 años había

8 Al igual que en el caso de la edad de salida del sistema educativo, se debe ser cuidadoso con las conclusiones que se desprendan de esta información. Los datos refieren a los jóvenes que, al momento de ser encuestados, residen en Montevideo y tienen entre los 25 y los 29 años. Muchos de ellos han nacido y cursado la educación media en el interior y han migrado a la capital, como se especificó antes. Existe un sesgo en la migración interna. Quienes migran a Montevideo siendo jóvenes son, en su mayoría, los que pretenden la continuidad de sus estudios de educación superior, muestran trayectorias educativas esperadas y pertenecen a hogares de origen de mayores capitales educativos y mayores ingresos. Esto hace que Montevideo “sume” jóvenes de este perfil, mientras que el interior “los reste”. No obstante, las conclusiones relativas al conjunto de jóvenes de estas edades con que cuentan las regiones son relevantes, y también lo son las diferencias que se manifiestan en relación con ello.

Gráfico 5. Edad de ocurrencia de los eventos según nivel educativo alcanzado. Jóvenes de 25 a 29 años. Años 2008 y 2013 (en porcentajes acumulados)



Fuente: ENAJ 2008 y ENAJ 2013.

tenido su primer empleo el 25% de los jóvenes residentes en el interior y el 17% de los residentes en Montevideo, que tenían entre 25 y 29 años en 2008. En 2013 son el 21% y el 9%, respectivamente. A los 18 años, de la cohorte medida en 2008 han experimentado el primer empleo de más de 3 meses el 64% de los jóvenes que residen al momento de la encuesta en el interior y el 55% de los que residen en la capital, frente al 61% y el 48% de la de 2013. Las curvas tienden a converger a partir de los 20 años para las dos regiones y los dos años de relevamiento.

El nivel educativo es el factor con mayor poder de determinación en la intensidad y en el calendario de las transiciones de los jóvenes en el Uruguay. Como se evidencia en el Gráfico 5, entre los que cuentan con menores capitales educativos, todos los eventos no solo ocurren más temprano sino que se dan más cercanos en el tiempo. En cambio, entre los que alcanzan la educación terciaria, los eventos no solo ocurren a mayor edad sino que se distancian más entre sí.

Al considerar las variaciones entre las dos cohortes en la edad al primer empleo, se observa a los 18 años un punto de inflexión en los tres niveles educativos. Entre los que alcanzan estudios terciarios, se registra un incremento de la intensidad a partir de esta edad, lo que indica que en la cohorte de 2013 ingresa al mercado laboral una mayor proporción de jóvenes con este nivel educativo que la que lo hacía en la cohorte medida en 2008. Por su parte, entre los que alcanzan educación media, la variación

ocurre antes de los 18 años: tienden a postergar la edad al primer empleo. Es así que, para este nivel educativo, a los 15 años experimentaron el primer empleo el 24% en 2008 y el 17% en 2013. A los 17 años, en 2008 lo había hecho el 50% y en 2013 el 39%; ya a los 18 años, las diferencias se acortan: 69% y 67% respectivamente.

Más allá de los cambios que se observen en el calendario (edad de entrada al mercado laboral), el trabajo adolescente –entre los 15 y los 17 años– no disminuye en magnitud. En 2008 el porcentaje de jóvenes entre 15 y 17 años que se declara trabajando en forma remunerada al momento de la encuesta es del 7,1% y en 2013 es del 9,4% (Filardo, 2015).

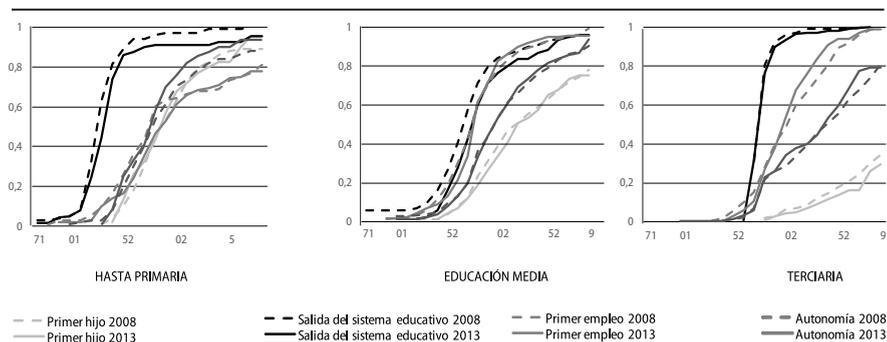
En las dos cohortes se manifiestan diferencias por nivel educativo en la edad de la autonomización por primera vez. En aquellos jóvenes que alcanzan educación terciaria, la salida del hogar de origen se verifica más tarde, aunque en 2013 se registra a edades menores que en 2008. Por tal motivo, y en la medida en que las variaciones son muy leves entre aquellos que solo alcanzan hasta primaria, es que las curvas que se despliegan por nivel educativo presentan en 2013 una distancia menor que en 2008. Para los que alcanzan a educación media, también presenta una aceleración en las edades de autonomía a partir de los 18 años. Se mantiene el incremento abrupto a esta edad en los de mayor nivel educativo entre los 18 y 19 años, producto de la migración interna que tiene como causa la continuidad de estudios superiores en la capital del país.⁹

El nivel educativo se mantiene como la variable de mayor impacto sobre la edad al primer hijo. Las diferencias respecto de 2008 –salvo para quienes tienen menor nivel educativo en donde parece incrementarse la maternidad/paternidad adolescente entre 15 y 17 años– se dan a partir de los 20 años, con un retraso entre los de educación terciaria y un adelanto relativo respecto de 2008 en los de nivel educativo medio.

En 2013, a los 20 años el 45% de los jóvenes de nivel educativo hasta primaria habían tenido su primer hijo (44% en 2008), frente al 23% de los de educación media (24% en 2008) y el 4% de los de educación terciaria

9 Con todo, debe aclararse que este proceso está probablemente subrepresentado en la ENAJ 2008 y la ENAJ 2013. La muestra de la ENAJ, al estar anidada a la ECH no releva personas que viven en hogares colectivos –como residencias estudiantiles, pensiones, y otros–, que son una opción frecuente entre los jóvenes migrantes del interior. En consecuencia, estos están excluidos de la población de ENAJ y de este análisis. Tampoco están contenidas en la población de la ECH ni de las ENAJ las personas internadas en instituciones (hospitales, cárceles, hogares de amparo, etc.).

Gráfico 6. Edad de ocurrencia de los eventos según nivel educativo alcanzado. Mujeres jóvenes de 25 a 29 años. Años 2008 y 2013 (en porcentajes acumulados)



Fuente: ENAJ 2008 y ENAJ 2013.

(3,8% en 2008). A los 25 años los porcentajes son 69 y 65% para los de educación hasta primaria (2008 y 2013 respectivamente), 46,5 y 52% para los de educación media y 13% y 10% para los de educación terciaria.

Por último, se presentan los gráficos por sexo (Gráficos 6 y 7), para cada nivel educativo, dado que en el análisis 1990-2008 se mostró que las principales desigualdades entre los jóvenes en el Uruguay se daban *entre las mujeres según el nivel educativo alcanzado, y que la brecha aumentaba en el periodo considerado* (Filardo, 2012).

Al comparar las mujeres de las cohortes estudiadas en 2008 y 2013, se observa que los eventos varían en secuencia y notoriamente en intensidad según se alcance hasta primaria o se haya, al menos, aprobado un año en el nivel terciario. Entre las mujeres de menor escolarización, a partir de los 19 años, el porcentaje de las que ha tenido el primer hijo supera (con diferencias relevantes) la proporción de las que han experimentado el primer empleo. La proporción de las que no se incorporan hasta los 29 años al mercado laboral en la cohorte 2013 se mantiene, respecto de 2008, cercano al 20%. Por otra parte, la salida del sistema educativo es un evento temprano y notoriamente anterior a los otros tres. La salida del hogar de origen, el primer empleo y el primer hijo son eventos prácticamente simultáneos hasta los 20 años. Es a partir de esta edad que se incrementa a gran velocidad la proporción de mujeres con hasta primaria que se autonomiza y que tienen su primer hijo, mostrando un estancamiento en la proporción de las que ingresan al primer empleo.

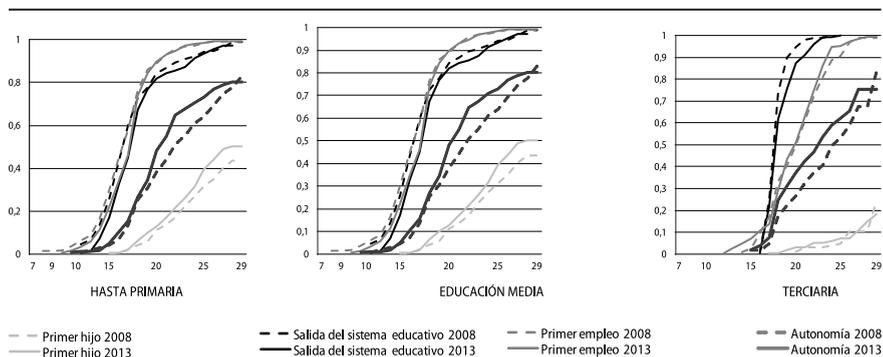
Las secuencias aparecen más claras en los otros dos niveles educativos, y en las que alcanzan educación terciaria son, además, más distantes entre sí. Entre las mujeres que alcanzan educación media, el ingreso al mercado de trabajo es, a partir de los 18 años, anterior respecto de la salida del sistema educativo en 2013, lo cual sugiere que se incrementa en este sector el número de personas que estudian y trabajan previo a la salida del sistema educativo en el ciclo medio.

Entre las que alcanzan educación terciaria, cerca del 90% culmina el ciclo medio en la edad teórica para ello, continuando con trayectoria educativa. La postergación de los otros tres eventos es notoria en relación con las mujeres que alcanzan menor escolarización, particularmente el tener el primer hijo (no alcanzan a ser el 30% a los 29 años).

Debe notarse que las distancias que se verifican entre las mujeres que tienen entre 25 y 29 años en 2008 y 2013 se incrementan. Esto está dado particularmente porque la edad al primer hijo se retrasa en las que alcanzan educación terciaria, mientras que las de menor escolarización describen curvas similares. Lo mismo ocurre con la edad al primer empleo: la intensidad aumenta a partir de los 20 años en las de educación terciaria de la cohorte de 2013, mientras que se mantienen porcentajes acumulados similares por edad en la cohorte 2008. Esto muestra que las desigualdades entre las mujeres según su nivel educativo siguen aumentando en el periodo 2008-2013, lo que indica que la tendencia registrada entre 1990-2008 se mantiene.

Se evidencian las dificultades específicas de las mujeres de menores niveles educativos para ingresar al mercado laboral en forma estable en las dos cohortes. En 2008, hasta los 18 años las mujeres de menor nivel educativo ingresaban más temprano al mercado laboral (las que alcanzaban primaria lo hacían en mayor proporción que las que alcanzaban nivel medio, y en menor proporción relativa lo hacían las que alcanzaban terciaria). En 2013, tienden a converger las curvas de los niveles educativos hasta primaria y educación media. En ambos niveles educativos se posterga el ingreso al mercado laboral. A partir de los 18 años, el comportamiento adquiere patrones diferentes: se acelera el incremento en las mujeres de nivel educativo medio, mientras que se enlentece sustantivamente en aquellas que alcanzan hasta primaria. Es a partir de los 20 años que se observa, asimismo, un incremento mayor en el ingreso al mercado laboral de las mujeres con estudios terciarios en 2013 respecto de 2008.

Gráfico 7. Edad de ocurrencia de los eventos según nivel educativo alcanzado. Jóvenes varones de 25 a 29 años. Años 2008 y 2013 (en porcentajes acumulados)



Fuente: ENAJ 2008 y ENAJ 2013.

Por su parte, el 17% de las mujeres con menores estudios (no superan primaria) a los 29 años no experimentaron el primer empleo estable en 2013. Esto significa restricciones importantes para su participación en el mercado laboral, situación que permanece sin cambios respecto de 2008, aunque mostrando aún un ritmo de ingreso algo más tardío que en la medición anterior. Probablemente debido a sus obligaciones de cuidados y en el ámbito doméstico, constituyen una población que enfrenta restricciones provenientes de diferentes esferas para el trabajo remunerado y que requiere medidas focalizadas para enfrentarlas y superarlas.

En 2013, las mujeres de educación hasta primaria se autonomizan más temprano que lo que lo hacían en 2008, a partir de los 18 años. A esta edad habían abandonado el hogar de origen por primera vez el 53% de las mujeres de este nivel educativo en 2008 y el 58% en 2013; a los 20 años son el 70 y el 76%, respectivamente. No se aprecian diferencias entre 2008 y 2013 en las mujeres con nivel educativo medio. Entre las mujeres que alcanzan terciaria en 2013, se presenta una aceleración del proceso de autonomización aunque con ritmo más errático en edades que para las que tienen como nivel educativo hasta primaria. Los patrones diferenciados de calendarios por nivel educativo en las mujeres se mantienen en 2013, siendo notoriamente más tempranos entre las mujeres de menor educación.

En el caso de los varones, si bien el nivel educativo alcanzado no altera la secuencia de los eventos,¹⁰ se produce una traslación de las curvas en las edades a medida que se avanza en los niveles educativos, lo que muestra que las transiciones son más tardías entre los más educados. A los 29 años la intensidad de los eventos es similar en los tres niveles educativos, excepto en el evento primer hijo: a esa edad el 60% de los que alcanzan hasta primaria han sido padres frente al 18% de los que aprueban al menos un año de estudios terciarios.

Para los varones de nivel educativo hasta primaria no se aprecian diferencias entre 2008 y 2013. En cambio sí se presenta una aceleración de las edades de autonomía en los jóvenes de nivel educativo medio a partir de los 18 años y un salto mucho más pronunciado y abrupto a esta edad para los que alcanzan educación terciaria. En consecuencia, la curva que representa el porcentaje acumulado por edad de salida del hogar de origen de los tienen terciaria como nivel educativo se superpone a partir de los 18 años a la que describían los de nivel medio en 2008. En términos agregados, las diferencias por nivel educativo para los varones en 2013 son menores a lo que eran en 2008.

En 2008, se había señalado (Filardo, 2010) que las curvas que representaban la proporción acumulada por edad al primer empleo y salida del sistema educativo de los varones que alcanzaban nivel educativo medio eran prácticamente superpuestas. En 2013, se presenta también criticidad en este sector de varones por la proximidad de las curvas de ambos eventos hasta los 18 años; incluso a edades mayores la proporción de los que ingresan al primer empleo supera a los que salen del sistema educativo. Esto indica –al igual que lo que ocurre con las mujeres– que, probablemente, desempeñen los dos roles de forma simultánea –trabajador y estudiante– o tengan recorridos intermitentes en ambas trayectorias. En todo caso, en 2013 se muestra una retención mayor en el sistema educativo respecto de 2008.

Las curvas de la edad de ingreso al mercado laboral que describen mujeres y varones de menor escolarización señalan comportamientos radicalmente diferentes y con alta probabilidad de correspondencia con los modelos tradicionales de género, en los que la mujer queda confinada

10 Salvo para los de educación media en los que, a partir de los 18 años, el ingreso al mercado laboral es más temprano que la salida del sistema educativo.

al ámbito doméstico y al trabajo no remunerado dentro del hogar, mientras que el varón (ajustado al formato *bread-winner*) entra tempranamente al espacio productivo público, a desempeñar el rol de trabajador y proveedor de ingresos.

No es menor advertir que en 2008 el porcentaje de mujeres que alcanzaban terciaria y se autonomizaban por primera vez a los 18 años (presumiblemente por migración interna) superaba al de los varones en igualdad de condiciones. Sin embargo, en 2013, los varones superan a las mujeres. Coincide con ello –como se señaló antes– una mejor performance de ellos en la culminación de la Educación Media, que habilita a los estudios terciarios a un porcentaje mayor que en 2008. Es posible, entonces, visualizar el encadenamiento de los eventos de transición y el impacto recíproco que sostienen entre sí.

Salvo para el nivel educativo “hasta primaria” –en el que se incrementan–, las distancias entre varones y mujeres en las edades de autonomía tienden a una convergencia mayor en 2013.

NOTAS FINALES

En el presente estudio, se exploran, a través de diferentes técnicas de historia de eventos, las transiciones a la vida adulta de los jóvenes de 25 a 29 años en 2008 y 2013, representados en las cohortes de nacimiento 1979-1983 y 1984-1988. La elección de tomar a quienes, al momento del relevamiento (ENAJ 2008 y ENAJ 2013), se encuentran comprendidos en este tramo de edad se justifica para asegurar que pertenezcan a diferentes cohortes.¹¹ Los eventos que se estudian son: la salida del sistema educativo, la autonomía (salida del hogar de origen), tener el primer hijo y el ingreso al mercado laboral (primer empleo estable).

Entre los principales resultados, se destaca que en 2013 se registra una postergación de la edad de salida del sistema educativo respecto de 2008, lo que señala una mayor retención del sistema educativo en el nivel medio y también el nivel de escolarización de los jóvenes. Por otra parte, disminuyen las brechas de género y de región de residencia al momento de relevamiento entre 2008 y 2013. Asimismo, se registra una leve postergación en la

11 En la medida en que los jóvenes nacidos entre 1984 y 1996 pertenecen a la población de ambas encuestas.

entrada al mercado de trabajo en 2013 respecto de 2008, lo que probablemente se relacione con mantener el rol de estudiante por más tiempo.

En 2013, continúan percibiéndose las diferencias de edad de ingreso al mercado laboral (trabajo remunerado) por sexo que se registraban en 2008: los varones ingresan a menor edad que las mujeres. En 2013, un 5% de las mujeres a los 29 años no experimentaron su primer empleo estable (de más de tres meses de duración). Sin embargo, esta situación se concentra entre las que tienen menores capitales educativos: son cerca del 20% de las mujeres que no superan primaria. Este porcentaje es similar al registrado en 2008, lo que manifiesta la persistencia de dificultades o restricciones específicas para el desempeño en el trabajo remunerado en este sector de la población estudiada, probablemente asociada a una resistencia de los modelos tradicionales de género. La perspectiva de género es imprescindible para el análisis de las desigualdades entre los jóvenes. Pero es insuficiente considerar las distancias entre varones y mujeres. Deben considerarse los efectos combinados de sexo y nivel educativo, porque las mayores desigualdades se dan *entre mujeres por nivel educativo alcanzado*.

La edad de salida del hogar de origen marca diferencias a partir de los 20 años en el período: en 2013 el porcentaje de jóvenes que se autonomizan a partir de esta edad es mayor que el que se presentaba en 2008. Además, disminuye la distancia entre varones y mujeres hasta los 24 años en 2013; luego sí el evento autonomía adquiere mayor intensidad para las mujeres. Ocurre más temprano en los jóvenes que residen en el interior respecto de los que lo hacen en Montevideo, y en los de menores niveles educativos respecto de quienes alcanzan nivel terciario. No obstante, en la medida en que, a partir de los 20 años, el evento se acelera en 2013, la brecha por nivel educativo se hace menor que en 2008.

La edad en que se tiene el primer hijo tiene leves modificaciones en el período, en particular entre las mujeres, manifestando como tendencia la postergación, lo que conduce a que la brecha entre sexos disminuya. También se observa un retraso en el inicio a la vida reproductiva en Montevideo, aunque esto no ocurre en el resto del país. El nivel educativo alcanzado por los jóvenes es lo que produce las mayores diferencias en la edad al primer hijo; y crecen respecto de 2008, básicamente porque los de nivel terciario aplazan aún más el evento (especialmente las mujeres).

Para el total de los jóvenes el orden en que se suceden los eventos (secuencia), no presenta variaciones sustanciales en el período. Primero

ocurre la salida del sistema educativo,¹² luego la inserción en el mercado de trabajo, *a posteriori* la autonomía y más adelante aún en el tiempo el primer hijo. Sin embargo, sí se observan modificaciones en la distancia entre los eventos: salvo para el primer hijo, ocurren más cerca unos de otros. Asimismo, las transiciones se dan antes en el interior que en Montevideo. Las brechas entre varones y mujeres son menores en 2013 que en 2008 en todos los eventos. Ahora bien: si se considera el nivel educativo alcanzado y el sexo, las diferencias no son solo de calendario (los de menor escolarización experimentan todos los eventos a menor edad) sino que incluso se registra alteración en la secuencia en el caso de las mujeres.¹³ Los gráficos ilustran la “densidad demográfica” que caracteriza a los sectores de menor nivel educativo: se producen todos los eventos de transición en un tramo muy acotado de edades. En cambio, en los que alcanzan nivel educativo terciario, las distancias entre los eventos se amplifica sustantivamente, así como la intensidad del evento “primer hijo” en particular se hace sensiblemente menor.¹⁴ Ello sugiere que, para la mayoría, al menos uno de los eventos considerados de transición ocurrirá eventualmente fuera del tramo de edad que se toma como demarcatorio de la “juventud”.

El análisis que se plantea permite ver la desigualdad existente en los jóvenes del Uruguay y su evolución. Alumbró sobre la fragmentación en los proyectos de vida, las trayectorias y los repertorios culturales de las mujeres –marcados por el nivel educativo que alcanzan–, tanto como sobre las desiguales restricciones para la integración social y ciudadana que enfrentan. Se habilita así el reconocimiento de las diversas formas de vivir, construir subjetividad, ciudadanía y proyectos y de las distintas condiciones de posibilidad de los jóvenes que tienen las mismas edades. Los dispositivos que se diseñen para la promoción y protección social de los jóvenes requieren atender a esos “mundos” distintos, diversos y desiguales.

12 Hasta ciclo medio superior.

13 A partir de los 19 años, el porcentaje de mujeres de menor nivel educativo que tuvieron su primer hijo es superior al porcentaje de las que experimentaron el primer empleo. El orden en este sector poblacional (luego de los 19 años) es: muy tempranamente se produce la salida del sistema educativo; luego se experimenta la autonomía; muy cercanamente se tiene el primer hijo; y luego se tiene el primer trabajo remunerado.

14 A los 29 años, experimentaron el primer hijo menos de una de cada tres mujeres de nivel educativo terciario.

BIBLIOGRAFIA

- Casal, Joaquim (1996), "Modos emergentes de transición a la vida adulta en el umbral del siglo XXI: Aproximación sucesiva, precariedad y desestructuración". *Reis*, 75-96, pp. 295 a 316.
- Casal, Joaquim, Maribel García, Rafael Medino y Miguel Quesada (2006), "Aportaciones teóricas y metodológicas a la sociología de la juventud desde la perspectiva de la transición". *Papers*, 79, pp. 21-48. Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona.
- Filardo, Verónica (2008), "Temporalidades Juveniles". En: Departamento de Sociología-FCS-UDELAR (2008), *El Uruguay desde la Sociología VI*. Montevideo, Departamento de Sociología-Facultad de Ciencias Sociales-Universidad de la República, pp. 119-134.
- (2010), *Transiciones a la adultez y educación*. Montevideo, UNFPA, Cuaderno núm. 5.
- (2011), *Distancias intra-generacionales. Jóvenes en Uruguay 1990-2008*. Montevideo, INJU-MIDES, Cuaderno núm.1 Mirada Joven.
- Filardo, Verónica, Mariana Cabrera y Sebastián Aguiar (2010), *Segundo Informe de la Encuesta Nacional de Adolescentes y Jóvenes (ENAJ) en el Uruguay*, Montevideo, INFAMILIA-INJU-MIDES.
- Filardo, Verónica y Anaclara Panel (2012), "Entre Susanitas y Mafaldas: el Estado. Análisis de políticas públicas y la fecundidad en Uruguay". Ponencia presentada en el Congreso AUCIP, Montevideo.
- Filardo, Verónica, Anaclara Panel y Romina Napoliti (2011), *Sobre la brecha de fecundidad en Uruguay. Ecuaciones para tener hijos y Políticas Públicas*. Montevideo, Convenio OIM, Comisión Sectorial de Población, OPP y FCS. Informe del Proyecto Actitudes y Comportamientos Reproductivos en Uruguay.
- Filgueira, Carlos (1998), *Emancipación juvenil: trayectorias y destinos*, Montevideo, CEPAL.
- Garthwaite, Kayleigh (2012), "Home alone? Practitioners' reflexions on the implications of young people living alone". *Youth & Policy*, núm. 108, pp.73-87. Disponible en: <<http://www.youthandpolicy.org/wp-content/uploads/2017/06/yandp108.pdf>>.

- Leccardi, Carmen (2002a), "Tiempo y construcción biográfica en la sociedad de la incertidumbre: reflexiones sobre las mujeres jóvenes". *Revista Nómadas*, núm. 16. Bogotá, pp. 43-50.
- (2002b), "Matters of identity. Young women and birth control in Southern Italy". *Young. Nordic Journal of Youth Research*, Núm. 10:1, pp 24-41. Disponible en: <<http://journals.sagepub.com/doi/pdf/10.1177/110330880201000103>>.
- Leccardi, Carmen y Margarita Rampazi (1993), "Past and Future in Young Women's Experience of Time". *Time Society*, núm.2, pp. 353-379. Disponible en: <<http://journals.sagepub.com/doi/pdf/10.1177/0961463X93002003004>>.
- Moreno, Almudena (2010), "Vida familiar y trabajo en el proceso de transición a la vida adulta de los jóvenes españoles ". *Revista Estudios de juventud*, núm. 90, Madrid, INJUVE, septiembre.
- Rama, Germán y Carlos Filgueira (1991), *Los jóvenes del Uruguay. Esos desconocidos, Análisis de la Encuesta Nacional de Juventud*, Montevideo, CEPAL-INE.
- Wyn, Johanna, Sarah Lantz y Anita Harris (2011), "Beyond the transitions metaphor. Familyrelatins and young people in late modernity". *Journal of Sociology*, vol. 48 (1), The Australian Sociological Association, pp. 3-22. Disponible en: <<http://journals.sagepub.com/doi/pdf/10.1177/1440783311408971>>.
- Yip, Ngai Ming y Ray Forrest (2014), "Choice or conRAINT? Exploring solo-living for young households in Hong Kong". Hong Kong, Urban Research Group CITYU on cities. Working paper Series, WP N° 1/2014.